

LIBROS

Fascismo y capitalismo

El fascismo: un misterio. Durante el segundo cuarto de este siglo, una serie de movimientos, iguales y diferentes, conmovieron Europa hasta el paroxismo de la guerra mundial. Se les llama con el nombre genérico de fascismo. Pero, ¿la actitud fascista es propia de ese período, o viene de mucho más atrás en la Historia? ¿Puede considerarse que el final de la guerra fue un desenlace? Enigmas sin resolver. La bibliografía sobre el tema es cada vez más extensa y, sin embargo, cada vez define menos.

Los estudios de cinco pensadores que han vivido muy de cerca el fascismo —cuatro alemanes, Thalheimer, Bauer, Rosenberg, Marcuse, y un italiano, Angelo Tasca— aparecen reunidos en una selección de Abendroth, en un libro, «Fascismo y capitalismo» (Ediciones Martínez Roca, S. A. Barcelona, 1972, pero los textos son muy anteriores, incluso de la época en que el fascismo puro operaba en el mundo), cuya tónica general consiste en atribuir el fascismo a una forma de dictadura de la burguesía, a una segregación del capitalismo y de la democracia. La cita de Horkheimer que abre el libro es muy explícita: «Sin embargo, el que no quiera hablar del capitalismo, que calle también en lo tocante al fascismo». Ocurría que la presión de las clases populares en Europa habría conseguido la democracia política, pero no la democracia económica: de la antinomia de esa situación proce-

dería el fascismo. La tendencia general de los autores, también, es la de negar que sea obra o producto de una sola persona (el «hitlerismo», el «mussolinismo»), mucho menos aún de un estado de locura, ni siquiera de un «carácter nacional». El hecho de que la mayoría de estos trabajos estén escritos hacia 1933 les da un considerable valor: el del estudio del fenómeno en aquella actualidad real, sin la carga de mitologías posteriores, peyorativas o mejorativas, sin los disfraces de la guerra y la posguerra. Muchas veces, lo que llamamos perspectiva histórica, en vez de favorecer la objetividad, la empuja con la acumulación de cargas del momento presente. La realidad que puedan tener en el mundo de hoy estos estudios se la da una posible permanencia del fenómeno, se encargan de realizarla los autores de la introducción—Kliem, Kammler y Griepenberg— y, desde luego, el lector, que puede hacer fáciles movimientos de traslación en el tiempo.

Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que el proceso general a la democracia que se hace en este libro, considerándola fuente inevitable del fascismo, se refiere muy concretamente al contexto europeo de la época. Hoy, la democracia no ofrece contradicciones tan graves como las de aquella época, y no precisamente porque se haya depurado o perfeccionado, sino porque ha incorporado a su propio sistema algunas de las fórmulas defensivas del fascismo. El hecho de que la misma democracia liberal y capitalista resultase, después de escritos estos textos, una de las víctimas directas del fascismo, la ha llevado hacia formas relativamente nuevas de acción. El fascismo, presente ahora en el mundo, aparece no tanto como una forma violenta de asalto a la sociedad, sino como una impregnación. ■ J. A.

Cassius Mohamed Ali Clay

Con los esquemas españoles, escribir de boxeo es hacer literatura. Para la mentalidad americana, que llena las sillas del Madison Square Garden igual que los bares de niñas de Saigón, escribir de boxeo es hacer sociología política. Norman Mailer, el autor de «Los desnudos y los muertos», ligado a las actividades electorales del partido demócrata, al menos lo ha hecho en el reportaje «King of the Hill», que ahora nos llega traducido por Andrés Bosch y publicado por Lumen con el título de «Rey del ring» (1).

Tal sociología del boxeo en los Estados Unidos la hace Mailer a través de una época, un hombre y un peso: una «Cassius Clay-Mohamed Ali Story» de los sesenta, con un fondo de sentimentales y lunáticos ex aspirantes al tí-



Norman Mailer.

tulo de los pesados. Pero absténganse los amantes de la mitología de héroes de barro y «sparrings» sacados de las historias de la Ley Seca. De los tópicos del boxeo USA se ha pasado a la tragedia humana del boxeo USA, que no es otra que la de las fricciones entre grupos humanos de los Estados de la Unión.

Una lenta agonía hasta la larga noche frente a Frazier es la descrita

(1) Norman Mailer: «Rey del ring». Editorial Lumen. Barcelona, 1972. Colección Palabra Menor, número 12.

por Mailer en torno al símbolo del que se llamaba Cassius Clay hasta que dijo «nada tengo contra esos vietcongs» y se acuñó el Mohamed Ali, héroe de los Musulmanes Negros, niño mimado de Malcolm X, eventual blanco de las balas de cualquier integrante del Sur. Cuando Mohamed cae en la lona del Madison en el histórico decimoprimer asalto frente a Frazier, cae todo un símbolo de revolución de sociedad feliz consigo misma: «era —dice Mailer— la más poderosa víctima de la injusticia en la América del Norte y el más poderoso Narciso de la Tierra».

¿Por qué todo esto? A lo que íbamos de la mitología de la Ley Seca. Ahora todo es bien distinto. El boxeador negro no surge del folletismo de los bajos fondos, sino de la tragedia social de las culturas de los «ghettos» urbanos: son «chicanos», negros musulmanes, portorriqueños. En una sociedad que dialoga con la mente y con el talonario de cheques y las tarjetas de crédito, estos hombres marginados inventan la conversación con el cuerpo, el ingenio corporal, la psicología del golpe. Este arte es el que hace ascender a Cassius-Mohamed-Ali-Clay. En una sociedad que se olvida de este Vietnam interior de las comunidades marginadas, un hombre marginado conquista su ego entre doce cuerdas. Artista, hablador, alevín de héroe civil, Mohamed Ali representa todo esto. Al menos, Mailer así lo pinta, haciendo más sociología política que literatura. Lástima que las claves deportivas queden a veces ocultas para el lector español. Andrés Bosch, aparte de su óptima traducción, podría habernos dado un gran servicio con unas notas finales sobre la historia del peso pesado. ■ ANTONIO BURGOS.

«Dieciocho años de novela española»

La evolución de la novela española en el paso decisivo del siglo XIX al XX tiene lugar no solamente a través de la generación del 98 y el modernismo, sino, fundamentalmente, al margen de estos dos movimientos. Figuras como las de Felipe Trigo y Eduardo Zamacois son clave indispensable para abordar el desarrollo narrativo de los treinta primeros años del siglo, en tanta o mayor medida como puedan serlo Baroja y Blasco Ibáñez. Pero todo un tradicional modo de ver nuestra literatura basado en nombres y no en movimientos culturales y sociológicos, todo un planteamiento cronológico esquemático que estudia la obra de Valle-Inclán o Unamuno sin tener en cuenta que se produce coetáneamente con la de López Pinillos o Eugenio Noel, impide ver el entrecruzamiento de diversas corrientes narrativas, con el consiguiente doctrinarismo parcial y limitativo.

El caso es que una pléyade de novelistas que fructificaron en los primeros años del siglo veinte han permanecido oscurecidos y casi olvidados en todos nuestros manuales literarios, cuando un estudio en conjunto de las principales líneas de fuerza narrativas de aquellos años podría darnos la clave para comprender el caso de nuestros actuales problemas narrativos.

Visto así, debemos saludar con satisfacción la «Antología de la novela corta española» (1), preparada por Sainz de Robles y que recoge, si bien sólo referido a la novela corta, dieciocho años de novelar español: los que van de 1907

(1) Federico Carlos Sainz de Robles: «Antología de la novela corta. Dieciocho años de novela española, 1907-1925». Editorial Andorra. Barcelona, 1972.

a 1925. Ello nos permite leer de nuevo, o por primera vez, a Felipe Trigo, injustamente popularizado como novelista erótico (calificativo que, por otra parte, no estimamos desdeñable), pero autor de novelas como «El médico rural» o «Jarrapellejos» que pueden contarse entre las mejores de los primeros treinta años del siglo y tan semejantes a las más significativas de Baroja. A López Pinillos, «Parmeno», autor de obras teatrales («Esclavitud», «Los senderos del mal»), novelista («Doña Mesalina»), e introductor en la literatura de la Andalucía trágica, problemática, frente a la tendencia colorista de tantos de sus contemporáneos. En esta «Antología...» se incluye «Cintas rojas», quizá la mejor muestra del libro. A Eugenio Noel, más readitado que sus compañeros de generación, el increíble luchador antitaurino y antiflamenco, procesado repetidamente «por ese llamado delito de imprenta que a menudo se reduce a decir lo que no puede decirse, esto es: la verdad», como decía Unamuno (2). A Cansinos-Assens, creador de «ismos», cantado por Borges, crítico indispensable para conocer el proceso narrativo de todos estos años, y cuya reedición y estudio son hoy ya imprescindibles si queremos plantearnos con toda seriedad el desarrollo creativo español en lo que va de siglo.

La relación se haría interminable, y no tratamos aquí de presentar uno tras otro a todos los componentes del grupo, sino de valorizar, en lo que tiene de constructivo, su aparición. Y si aparte de todo esto sosemos su esfuerzo en pro de la divulgación literaria, veremos que nuestra estimación no debe regateárseles. Treinta revistas literarias —entre ellas, «El

(2) Unamuno: «De esto y aquello». Buenos Aires, 1925. El artículo sobre Noel está escrito en 1912.